

Como me conocéis bien, casi es innecesario deciros que este año la cosa será de otra manera. Yo no puedo pretender hacer aquí una brillante disertación adecuada a un Centro de enseñanzas artísticas. Carezco de la base necesaria para ello, toda vez que mis aficiones han dirigido mi actividad, ya en sí escasa, al estudio de las Ciencias naturales, es decir, hacia aquello que es general considerar como totalmente opuesto al arte.

Por esto, al ser honrado con la invitación de llevar en esta solemnidad la voz de la Academia, sintiendo mi escasez de fuerzas, hubiera rehusado. de no considerar que, aceptando, cumplía un deber de honor, impuesto por mi conciencia y por mi significación en la vida cultural de Murcia.

El mayor timbre de gloria de esta Real Sociedad Económica de Amigos del País es, sin duda, el que ha impreso en sus anales por ser fundadora, patrocinadora y mantenedora de la Academia de Bellas Artes.

Estas Reales Sociedades, creadas por aquel gran Rey Carlos III y que durante tanto tiempo han llenado en todas las regiones españolas sus fines protectores de la Agricultura, de la Industria y de las Artes, llevan hoy, en general, una existencia lánguida y triste. Pero es en esto una excepción la de Murcia, cuyas funciones se mantienen vivas, sobre todo por su acción tutelar sobre este Centro de enseñanzas artísticas.

En este año se cumplen los ciento cincuenta de la fundación de la Real Sociedad en Murcia, y justamente a los dos años de constituirse creó la Academia de Bellas Artes, de cuya dirección se encargó el inmortal Salzillo.

Desde el siglo XVIII, pues, viene esta Escuela realizando su admirable labor, año tras año, atravesando, a menudo, periodos muy críticos, careciendo a veces de los más necesarios elementos de vida y desarrollo y subsistiendo por un heroico esfuerzo de sus patrocinadores, hasta que en estos últimos años ha conseguido recobrar todo su esplendor.

Por necesaria que sea la función social que desempeñen,

